

IV.

Donoso no podía permanecer mucho tiempo encerrado en este círculo vicioso, que guarda en todos los puntos de su circunferencia al despotismo: y en efecto, todas las evoluciones de su inteligencia hasta fines de 1847 no son mas que esfuerzos de su instinto y de su carácter para libertarse de aquella especie de encantamiento ecléctico que le embargaba en su calidad de doctrinario.

Ya en su última lección de derecho político, es decir, en febrero de 1857, lección que naturalmente es como el resumen de todas las que pronunció en el Ateneo, revolviéndose sañudo contra los demagogos del pasado siglo, que sino dieron á los pueblos *pan ni libertad*, quisieron en cambio *despojarlos de su Dios*, le oímos esclamar «¿con qué llenaron ese inmenso vacío? Con la razón humana que sucumbe, si la fé no la sostiene; que desfallece si otra divinidad no la guía; con la razón humana.»

» Flor inodora,
» Estatua muda que la vista admira,
» Y que insensible el corazón no adora.

Obsérvese bien la gradación de sus creencias: le hemos visto, en sus primeros ensayos histórico-filosóficos, proclamar á la religión, como el origen de toda fecundidad y de toda vida para las sociedades: le hemos visto noblemente indignado contra las sacrilegas bacanales de los impíos: y si bien es cierto que, en un racionalista, esta religiosidad puede ser mas que piedad verdadera, una simple opinión política que considere á la religión como *instrumentum regni*, no se nos negará que algo mas hondo y mas trascendente que todo esto hay ya en el hecho de proclamar: que la razón sucumbe, si la fé no la sostiene. Sin duda, es posible que aun esta misma proclamación no sea sino el resultado de meras teorías, profesadas sin la inspiración vivificadora y fecunda de una piedad sincera. Pero, de todos modos, en el dominio de las teorías, ó en el de la piedad sincera, siempre encontraremos que está menos distante de esta última el que declara á la razón tributaria y cliente de la fé, que el que se limita á consignar el principio, vago é infecundo por su misma generalidad, de que los pueblos no pueden vivir sin religión.

Los verdaderos eclécticos, los doctrinarios concienzudos debieron proclamar como disidente al catedrático del Ateneo, desde que le oyeron en-

señar aquella superioridad de la fé, por mas que durante todo el curso le hubieran oído enseñar la *supremacía de la inteligencia*. Desde aquel punto, si hubieran sido previsores, no debieron ya tolerar su magisterio. Pero no sucedió así: él siguió dogmatizando con su imperturbabilidad característica, lo mismo cuando publicaba con su firma el folleto sobre la reforma constitucional de 1837, que cuando defendido por el anónimo, combatía rudamente al liberalismo exaltado, en el periódico establecido el mismo año, y dirigido por él con el título de *EL PORVENIR*. Duro y acerbo en sus polémicas, se le vé, como periodista, ejercer el mismo absolutismo de opiniones, la misma pedagogía altisonante que había ejercido como catedrático. En medio de las intrigas políticas y escaramuzas filosóficas, pasto ordinario del periodismo militante, arroja él unas veces su cetro, y otras sus dardos; y siempre, lo mismo cuando enseña que cuando disputa, va alejándose cada vez mas del espíritu como de las formas que en España defendía la escuela revolucionaria. No es mal *specimen*, por decirlo así, de sus campañas periodísticas de aquella época un artículo que publicó en *EL PORVENIR* bajo el epigrafe «LA RELIGION, LA LIBERTAD, LA INTELIGENCIA»

«Cuando el hombre pensador (dice) se pone á considerar detenidamente el rico y variado panorama de la historia; cuando, evocadas por la meditación, pasan por delante de sus ojos las revoluciones que han ensangrentado el mundo, que han conmovido la tierra, y que han hecho vacilar sobre sus estremecidos cimientos los frágiles edificios de las sociedades humanas; cuando, sediento por alcanzar el origen de tan ásperos trastornos, pide á las revoluciones y á la historia que disipen las tinieblas de su espíritu, y le revelen ese secreto que le humilla, ved aquí lo que le revelan sus oráculos.»

«El hombre es, por su naturaleza, religioso, inteligente y libre. Cuando estos tres caracteres, que constituyen su naturaleza, se desarrollan armónicamente en su seno, el hombre alcanza su mayor grado de perfección y de ventura. Cuando estos tres elementos no se desarrollan armónicamente en él, una perturbación febril le acongoja; y un mal estar indefinible y acerbo le atormenta.»

Enunciados así los principios, nuestro publicista, según su invariable método, busca después la comprobación histórica y dice: —«La reunión en un solo hombre de estos tres sublimes caracteres, solo una vez se ha realizado en la tierra; solo una vez la han presenciado los siglos.—Hubo un hombre cuya voz fué la inteligencia del mundo y la confusión de los sabios; siendo así, entre los *inteligentes*, el mas *inteligente*.—Hubo un hombre que anunció con su venida el reinado de la fé; que inflamó con su purísima llama los corazones mas tibios; siendo así el mas *religioso* entre los hombres *religiosos*.—Hubo un hombre, en fin, que, cumplida

»su mision, se resignó á una muerte voluntaria; siendo así, entre los *libres*, el mas *libre*.—Ved ahí el hombre completamente grande, el hombre tipo, el bello ideal de la humanidad entera : *Ecce homo*.»

Sin detenernos á calificar esta especie de cristianismo filosófico-sentimental de nuestro periodista; pasando tambien por alto el paralelo que sigue entre Sócrates y Jesucristo, del cual deduce que Sócrates fué *entre los griegos* lo que Jesucristo *entre los hombres*; y limitándonos á mencionar la aplicacion general que hace á las sociedades, de la doctrina y comprobaciones históricas que deja espuestas respecto del hombre, vengamos á la aplicacion especial que de todo esto hace á la España de 1837.

«Si nuestros lectores se penetran de estos principios, á nuestro entender generalmente olvidados, podrán recorrer con fruto el laberinto de la historia. Entonces conocerán por qué causas los convencionales franceses solo pudieron destruir, y aglomerar escombros sobre escombros. En vano un rayo de libertad ardia en sus pechos, y un rayo de inteligencia en sus frentes : en el delirio de su exaltacion, y en el desvanecimiento de su poder, destronaron á Dios, y se proclamaron ateos. ¿Qué podia salir del pandemonio revolucionario y ateo, sino un lago de sangre?.....»

«Y si nosotros surcamos tambien mares que surcan las borrascas; si asistimos como víctimas á la descomposicion social que llena de luto nuestros corazones, y agolpa á nuestros ojos el llanto; ¿quién, decidnos, ha concitado las borrascas; quién acelera nuestra disolucion; quién causa nuestra agonía; quién cava nuestro sepulcro; quién prepara los negros atavíos de nuestros tristes funerales? ¿No es el partido imbécil que continúa entre nosotros la obra de los antiguos revolucionarios, sin alcanzar su poder, sin tener su inteligencia, y que solo se parece á tan enormes gigantes en que proclama la libertad, y es ateo?»

«Si, ateo : porque, aunque los individuos que le componen, adoren á Dios en el hogar de su familia, el partido será ateo, sino le proclama en las leyes, como sus individuos en los domésticos hogares. Si, ateo : porque, aunque proclame el nombre de Dios en las leyes, será prácticamente ateo, sino le respeta bajo la forma con que en nuestra sociedad es respetado. ¿De qué sirve que le proclame en teoría, sino sabe respetar su culto? ¿Y sabe respetar su culto el partido que quiere despojar á los templos de las riquezas en ellos depositadas por la piedad de los fieles?—¿Ignora por ventura que, á los ojos de los pueblos, son una misma cosa el culto, la religion y sus ministros; y que en materias de esta especie ningun gobierno quedó impune, sino respetó las opiniones populares?»

Esto pensaba y esto decia el señor Donoso en 1837, de aquella porcion del liberalismo español, que empezó por robar á los altares sus ministros; que robó despues á los templos sus altares, y acabó quitando á las ciuda-

des sus templos. Pero no se limitaba á vituperar á este partido extremo, con ánimo de exaltar al que por el mismo tiempo, comenzó á apellidarse *moderado* : sus aspiraciones eran algo mas vastas que fundar, dentro del liberalismo, un partido con las ruinas de otro; sino hubiera querido mas que esto, no habria añadido, para rematar el artículo que vamos extrayendo, las cláusulas siguientes:

«Concluyamos : Entre los varios partidos que han conquistado el poder entre nosotros, ninguno ha sido hasta ahora bastante religioso ni bastante inteligente»..... «Ninguno ha comprendido hasta ahora nuestra situacion política y social : la nacion no la ha comprendido tampoco; y los partidos devorarán á la nacion, ó la nacion se devorará á sí propia, si los partidos y la nacion no admiten nuestro programa. Nuestro programa, ó la muerte.»

Claro está que Donoso veia en nuestra España una revolucion mas social que política; y consecuente á esta manera de ver, no podia ni queria limitarse á defender los intereses transitorios de un partido político, sino fundar toda una escuela que combatiere con la palabra y con la accion á todas las falanjes de la anarquía política y del ateísmo oficial. No es del caso decir ahora si Donoso logró fundar esta escuela : lo que es indudable, es que, á su voz, y bajo la advocacion de sus doctrinas, tomó cuerpo y figura el partido moderado; quien á su vez, y como si quisiera darle una muestra evidente de que le reconocia como su *magister sententiarum*, le concedió el primer puesto en sus periódicos mas importantes, y en sus cátedras mas autorizadas. Ya hemos dicho la parte tan principal que tuvo en *EL PORVENIR* : pública y notoria es la no menos principal que tuvo en la fundacion y direccion de la *REVISTA DE MADRID* en 1838, del *PILOTO* en 1839; y la activa colaboracion que prestó al *CORREO NACIONAL*, convertido despues, con su inmediata intervencion, en *EL HERALDO*. Sabido es tambien que, durante la época misma de sus lecciones de Derecho político en el Ateneo, le nombró esta corporacion presidente de su seccion de ciencias morales y políticas; lo cual fué tanto como darle la primacía del instituto científico y literario que, por aquel tiempo, mas aun que hoy día, era núcleo, centro y campo de operaciones del partido moderado.

Rodeado incesantemente, en esta misma época de los jóvenes que mas descollaban en el cultivo de la amena literatura, y obligado á asociarse con sus consejos, ya que no con sus producciones, al movimiento casi febril que hizo de aquel periodo uno de los mas fecundos de nuestros anales literarios, todavia, en medio de sus graves estudios, halló vagar para escribir los artículos sobre *El Clasicismo* y *el Romanticismo*, que publicó el *CORREO NACIONAL* á mediados de 1838. Hallábase entonces empeñada con ardor la lucha entre las dos escuelas rivales designadas con aquellos nombres; y Donoso, con el fin de terminar un combate que le parecia esté-

ril, aplicó de lleno á la exposicion y solucion de las cuestiones suscitadas en aquella arena, el eclecticismo que ya habia empezado á abandonar y aun á combatir en el estadio político. Comparando este opúsculo literario con su anterior discurso inaugural del colegio de Cáceres, y los dos con el que á principios de 1848 pronunció con ocasion de ingresar en la Academia de la lengua, se halla la misma gradacion que en sus escritos filosóficos nos le muestra, primero, sectario de aquella especie de Cristianismo estético y sentimental de la escuela francesa, que aspiró á la fusion tan absurda como impía del espiritualismo cristiano y del naturalismo gentilico; despues, al filósofo, que atraído por un secreto impulso hácia la region serena de la fé viva y de la caridad fecunda, rinde tributo de admiracion sincera al dogma y á la doctrina de Jesucristo: y por último, al hombre, cuya admiracion de artista, por decirlo así, trocada ya en amor de cristiano verdadero á la religion de sus padres, explaya sus afectos en un himno sin fin á la misericordia divina, que ha dado luz á su alma, y á su corazon ternura. Los artículos sobre el *Clasicismo* y *Romanticismo* pertenecen al segundo de estos periodos: son la apologia de la civilizacion cristiana, considerada bajo el respecto de su influjo sobre la literatura y las artes, que no es sino consecuencia de su influjo sobre las ideas y las costumbres. Hay, pues, aqui una cuestion algo mas que de estética y de pedagogia: y en efecto, Doxoso que no necesitaba tan plausible ocasion para elevar á las mas altas regiones los asuntos que trataba, enunció, con motivo de clásicos y románticos, doctrinas y principios que reclaman para sí las ciencias morales mas trascendentes, y los intereses mas preciados de la sociedad.

Aquellos artículos eran, sin embargo, el último escrito, que especial y propiamente habia de consagrar á cuestiones literarias: llamábanle ya á pensar y á combatir otras cuestiones de mayor importancia en el ejercicio de su nuevo cargo político de diputado á Cortes, para el cual habia sido electo por la provincia de Cádiz, y que desempeñaba desde el mes de diciembre de 1837, en que tomando asiento en el Congreso, inauguró su carrera parlamentaria. Dios solo sabe los pensamientos que agitarian su pecho, los afectos que tumultuosamente hervirian en su corazón ambicioso, cuando se vió en posesion de la tribuna, despues de haber hecho tan lucidas armas en la cátedra y en el periodismo. Para un hombre de sus aspiraciones, á quien sus victoriosas pruebas anteriores debian tener en el periodo álgido de la vanidad filosófica, la tribuna parlamentaria debia ser ó un potro de tormento, si en ella le era negado el triunfo, ó un pedestal magnífico de nuevas y mas preciadas victorias. Dios quiso que fuera lo uno y lo otro.

Los que en sus grandes momentos de elocuencia, en sus horas solemnes de combate, le han visto dominar á la asamblea, que subyugada por

el prestigio de aquella frase rotunda y sentenciosa, de aquel acento sonoro y penetrante, de aquel continente imperioso, ya lloraba ó se estremece silenciosa, ya aplaudia arrebatada, ya anhelante le seguia en el ordenado curso de sus demostraciones; los que le han visto en estos grandes momentos que ni habian tenido ni tendrán iguales en nuestros fastos parlamentarios; los que saben cuán estrepitosamente ha resonado por el mundo aquella voz poderosa; los que todo esto han visto y todo esto saben, no concebirán fácilmente la manera en que fué recibido por el Congreso español el primer discurso que pronunció en el Doxoso.

Tratábase en aquella cámara de autorizar al gobierno para realizar el empréstito de Aguado. El ministerio de entonces tenia sobre sí la responsabilidad de dejar bien puesto ante la opinion de España y de Europa el nombre del partido moderado, cuyas doctrinas é intereses acababan de entrar, con sus hombres, en la direccion de los negocios públicos. Urgia, ante todo, restablecer el orden material, hondamente quebrantado por una larga série de motines, y por la desorganizacion, á un mismo tiempo social y política, que habia producido el gobierno del partido exaltado: urgia, por consiguiente, allegar recursos prontos y eficaces para atender con una mano á las necesidades ordinarias del Estado, y con otra á la terminacion de la guerra civil, que por entonces se hallaba en uno de sus mas criticos periodos. El momento, pues, no podia ser mas oportuno para que el jóven diputado hiciese su primera prueba, si bien, por otra parte, se trataba de una cuestion en que los números entraban por mucho, y en la cual, por consiguiente, no era muy grande su especial competencia. Conociéndolo él así sin duda, y porque ademas habia en el fondo de aquella cuestion, al parecer puramente económica, una cuestion de gran trascendencia política, empezó su discurso por recusar en tono sarcástico el sistema de los que la habian tratado hasta allí, encerrados en un dedalo de números; y con objeto de levantar el debate á mayor altura, buscó en los archivos de la historia un ejemplo que oponer á los adversarios del empréstito, que eran los progresistas. Suministróle este ejemplo la historia de la revolucion francesa, — «esa revolucion (dijo) que como todas las grandes revoluciones, se personificó, en cada uno de sus periodos, en un hombre grande y poderoso como ella.... en Mirabeau, su infatigable atleta, su glorioso representante en la tribuna. La vida de Mirabeau es un drama: ved aqui una de sus mas interesantes escenas.» — El orador entonces avanza algunos pasos hácia el centro de la sala, se pone en actitud declamatoria, y añade con enfático acento. — «La escena se pasa en Paris (*estremahilaridad en el auditorio*) en 1789: los personajes son Mirabeau, representante de la revolucion francesa, y Necker, ministro de Hacienda, representante de la monarquia....» — Este singular exordio viene á parar en leer al Congreso el discurso pronunciado en la Asamblea Constituyente

por Mirabeau, mas bien que en apoyo de Necker, contra los miembros de aquella oposicion desconsiderada y ciega que queria poner estorbos al único hombre y al único plan existentes á la sazón en Francia, para cubrir el enorme *déficit* que pesaba sobre su tesoro.

La alusion no podia ser mas directa, ni el ejemplo mejor escogido, tratándose de una cuestion económica, y de impugnar á una oposicion progresista, porque — « Mirabeau (la decia Donoso apostrofándola) era un »progresista, señores, y tan progresista, que era el Júpiter del Olimpo »revolucionario» (*risas y mas risas en el auditorio.*)—Pero la hilaridad y el rumor festivo llegan á su apogeo, cuando el orador ampliando su apóstrofe á la oposicion, esclama.—« Si con vuestros discursos entorpeceis el plan del »ministerio, hé aqui la suerte que va á tocaros. Llegará un dia en que os »presenteis delante del pueblo, y el pueblos os dirá : hubo un tiempo en »que os llamásteis mis amigos; y para acreditarlo interpelábais todos los »dias al ministerio sobre mi desnudez y mi miseria. Llegó un dia en que »el ministerio se presentó entre vosotros, y dijo : yo puedo hasta cierto »punto cubrir esa desnudez, yo puedo hasta cierto punto remediar esa »miseria. Mi buena fé, mi marcha firme, mis principios tutelares han sido »aceptos á los ojos de Dios»—(¡ aqui fué ella! los honorables miembros de la Cámara popular, que oyen hablar de Dios en una cuestion de empréstito, y en una asamblea parlamentaria..... ¿Dónde se ha visto extravagancia igual ?)» Sí, á los ojos de Dios, porque me ha dado victorias : estas no son »efecto de la fortuna, y si lo son, esta fortuna se parece mucho á la Pro- »videncia....»

¡A dónde vamos á parar! ;No solo hablar de Dios, sino de la Providencia en una cuestion de millones, en un Parlamento y en el año de gracia de 1838! Por fuerza se habia de escitar la hilaridad en la asamblea, que no sabemos si festejaba

mas que lo *nuevo* del canto,
la novedad del intento.

Pero no se crea que todo fué hilaridad y rumor festivo en aquella jornada : cuando el orador terminó su discurso, sucedió que de repente se oyeron confundidas risas y palmadas, haciendo raro contraste los aplausos y felicitaciones de unos con los epigramas y sarcasmos de otros. Aquel dia y en aquel instante quedaron partidos los dos campos en que aun hoy mismo se dividen los censores de Donoso : en uno están los que le perdonan las intemperancias de su estilo en gracia de la nobleza y profundidad de sus ideas : en otro están los que encubren el odio inextinguible que profesan á sus ideas bajo la capa de la hilaridad que les producen las intemperancias del estilo. La Europa entera parece que ha sido de la opinion de los primeros : váyase lo uno por lo otro.

Tal fué el estreno de nuestro publicista, como orador parlamentario: y á decir verdad, la fraccion exaltada del liberalismo de entonces no tenía por qué felicitarse de aquel estreno, que desde la cruz á la fecha es una impugnacion y una diatriba contra la aplicacion revolucionaria y las ilimitadas pretensiones del parlamentarismo.

Su instinto, su razon y su experiencia le mostraban la necesidad de constituir para el gobierno una esfera de accion mas ancha y espedita de lo que le consentian las doctrinas del parlamentarismo francés importado á nuestro suelo. Leyendo atentamente su precioso bosquejo histórico, publicado en la REVISTA DE MADRID de 1838, sobre el origen y carácter DE LA MONARQUÍA ABSOLUTA EN ESPAÑA, se ve ya casi perfecto en su espíritu el triunfo de las doctrinas fundadas en nuestras tradiciones políticas, sobre el doctrinarismo francés, al cual, por otra parte combate directamente y con gran empuje en todos sus escritos ulteriores, y muy especialmente en varios artículos que publicó en el PILOTO, y en los que bajo el epígrafe EL DOCTOR ROSSI Y LOS DOCTRINARIOS publicó en el CORREO NACIONAL, unos y otros correspondientes al año de 1839. Este es verdaderamente el periodo en que, excitado por el ardor de la lucha, y guiado por una série de estudios históricos mas sostenida y mejor ordenada que en su primera juventud, empezó Donoso á consolidar el sistema de sus doctrinas políticas. Mas dado en sus primeros años á la profesion de teorías abstractas, que al examen concreto de los fenómenos sociales y de los hechos históricos, le hemos visto vagar perdido en las vias tortuosas del peligroso idealismo, que con el usurpado nombre de *Filosofía de la Historia* ha sido en estos últimos tiempos un magnífico recurso de la perezosa ignorancia, y un arma hábilmente explotada por la malignidad de ciertas escuelas para oscurecer la verdad, y para fundar en sus gratuitas conclusiones histórico-filosóficas todo un sistema de ateísmo político y religioso.

En estas desdichadas escuelas se han educado aquellos que, con una buena fé digna de mejor causa, profesan la singular doctrina que identifica el antiguo sistema constitucional de nuestra España, y el parlamentarismo engendrado por la revolucion francesa. Engañados por la aparente identidad de las formas, no ven el abismo inmenso que separa sus respectivos principios determinantes; y cuando quieren reducir á práctica la teoria que deducen de la absurda amalgama y fusion imposible de aquellos principios contradictorios, no consiguen sino viciar la nocion de lo pasado, alterando su indole; y quitando, por este solo hecho, á las tradiciones lo que tienen de fecundo y de aplicable á lo presente. A estos tales visionarios, y victimas de una seduccion cuyo origen no conocen, se dirigen las siguientes palabras de Donoso en su ya mencionado bosquejo DE LA MONARQUÍA ABSOLUTA EN ESPAÑA.

«Los que desconociendo de todo punto, dice, la naturaleza y el signi-

«ficado de nuestras antiguas Cortes, reconocen en ellas un signo de libertad, ven en su decadencia un signo de servidumbre. Y sin embargo, nada hay mas opuesto á los hechos históricos, que esta manera de considerar aquellas instituciones políticas. La verdad es que las Cortes no fueron nunca otra cosa sino un campo de batalla, en donde el trono, la Iglesia y el pueblo lidiaron por arrancar el poder de las manos de una aristocracia ensoberbecida con sus triunfos. Consideradas bajo este punto de vista las Cortes, lejos de ser un signo de que el pueblo era libre, son un signo de que habia un enemigo poderoso que le movia cruda guerra, y que le obligaba á combatir para reconquistar su antigua dominacion y sus inmemoriales derechos. Siendo esto así, la decadencia de las Cortes, lejos de ser un signo de servidumbre, fué al contrario un signo de que habia alcanzado la victoria, y de que en adelante para dominar no le era necesario hacer alarde de sus fuerzas y ostentacion de sus armas. ¿Necesitó de Cortes para dominar en tiempo de Recaredo? ¿Necesitó de Cortes para dominar, cuando con su voluntad omnipotente hizo salir armada de todas las cavernas de Asturias la monarquía de Pelayo? La monarquía absoluta en España ha sido siempre democrática y religiosa: por esta razon, ni el pueblo ni la Iglesia han visto jamás con sobrecejo el engrandecimiento de sus reyes, ni los reyes con desconfianza las libertades municipales de los pueblos, ni las inmunidades de la Iglesia... Solo hallándonos en posesion de esta verdad, nos hallaremos en posesion de la causa de nuestras grandes miserias, de nuestros largos infortunios, y de nuestros presentes desastres.»

Decir esto en una época en que la oligarquía mesocrática reclamaba para si todas las prerogativas del trono, y todas las riquezas del altar; decir esto, cuando el espíritu de nuestra constitucion política era la mútua desconfianza entre el poder y los súbditos, elevada á sistema por el constitucionalismo moderno, y cuando en nuestra constitucion eclesiástica se abrigaba el gérmen de un cisma; y decirlo además en un escrito, cuya mayor y mejor parte está consagrada á hacer la apología de la Iglesia católica en general, y en particular de la Iglesia española; decir todo esto en el tiempo que Donoso lo decia, era ya proclamarse católico en el orden religioso; tradicionalista y antiparlamentario en el orden filosófico y en el orden político.

No hay un solo escrito suyo de esta época en adelante, que no sea un paso evidente de su espíritu y de su corazón hácia las doctrinas católicas. Recuérdese que por los años 1834 y 1836 le hemos visto proclamar la supremacía de la inteligencia, y profesar abiertamente doctrinas racionalistas: recuérdese que en 1837 y 1838, le hemos visto vacilar ya en la profesion de estas doctrinas, y modificar lo absoluto de aquel principio, hasta el punto de proclamar, no ya unicamente el co-imperio de la razon y de la fé, sino

la necesidad en que la primera se halla, para no sucumbir, del auxilio de la segunda: consecuente, sin duda, á esta creencia, le vemos ir cada vez mas ensalzando el influjo de la Iglesia en la civilizacion de las sociedades, cada vez mas descubriendo perfecciones en su doctrina, y cada vez mas penetrando la perpetuidad de su divino encargo. Pues teniendo en cuenta esta gradacion, veáse ahora la esposicion que hace de sus principios filosóficos en toda la primera parte del artículo que publicó en la REVISTA DE MADRID de 1839 sobre el ESTADO DE LAS RELACIONES DIPLOMÁTICAS ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA, EXPLICADO POR EL CARACTER DE LAS ALIANZAS EUROPEAS.

Empieza determinando las causas generales que producen las guerras y las alianzas de todos los tiempos y entre todas las naciones, que son, segun él: los principios religiosos, los principios políticos y los intereses materiales. Los principios religiosos dominan en absoluto desde la propagacion del cristianismo hasta el tratado de Westfalia: despues de este tratado, el Catolicismo, que era el espíritu rector de las relaciones internacionales y de las instituciones políticas, quebrantada su poderosa y magnífica unidad, abandonó el imperio de la Europa. Entonces llegó su vez á los intereses materiales; y los gabinetes pusieron exclusivamente sus miras en el equilibrio europeo.....

«Entre tanto, con el abatimiento del principio religioso, y la dominacion del principio materialista, se emancipó completamente la razon humana (obsérvense las concomitancias que el autor pone á la emancipacion de la razon humana; el abatimiento de la religion, y el entronizamiento de la materia). «Entonces sucedió que la filosofia, buscando el *porque* de todas las cosas, quiso averigar el *porqué* de todas las instituciones políticas, religiosas y sociales; y citó ante su augusto tribunal á los reyes, á los sacerdotes y á los pueblos. Y como, por una parte, el *porqué* de estas instituciones estaba escrito en una esfera mas alta que la suya; y como, por otra, la filosofia negaba todo lo que estaba fuera de su jurisdiccion y dominio, negó el *porqué* de todas las instituciones existentes, las desdeñó como absurdas, las condenó como monstruosas, y las execró como opresivas y arbitrarias; y como la filosofia no podia contentarse á si propia con esta negacion absoluta, quiso, nuevo Prometeo, robar al Cielo su lumbré, y amasar nuevamente á su antojo, dándole el soplo de vida, el barro vil de la tierra..... quiso reformar todas las instituciones humanas. Nada hay que no sea lógico y providencialmente necesario en esta loca ambicion de la filosofia que tantos vértigos habia de causar al mundo, que tantas plagas habia de traer sobre los hombres, y tal tesoro de calamidades habia de deramar sobre la tierra. La filosofia se separa de Dios, niega á Dios, se hace Dios..... Por eso, así como Dios hizo al hombre á su semejanza é imagen, la filosofia quiso hacer á la sociedad á su imagen y semejanza. Por eso, á imitacion de Jesucristo, que dió su Evangelio al mundo, quiso dar su